

de conservación que permitiesen preservar los vegetales, y otros alimentos, que estaban produciendo.

Precisamente, aquí radica una de las principales diferencias entre las primeras culturas productoras y los homínidos predadores —incluidos los *Homo sapiens*— que los precedieron: la acumulación del excedente y su derivación hacia el nacimiento de la propiedad privada y la riqueza. Mientras que en un grupo cazador-recolector todos los recursos son distribuidos de forma comunitaria entre los individuos del grupo —sean o no los responsables directos de haberlos conseguido—, a partir del Neolítico empezaremos a observar la acumulación particular de bienes así como las consecuencias que esto comportó. Si a lo largo de entre 7 y 6 Ma, desde sus orígenes más remotos, la Historia de la Humanidad había sido modelada por la adaptación a los grandes cambios ecológicos, sin que esto supusiera una revolución económica ni social, a partir del Neolítico se inicia un proceso que, a una velocidad vertiginosa —solo estamos hablando de unos 10 000 años, un suspiro geológico y un *flash* cósmico—, y en constante aceleración, nos ha conducido hasta lo que somos ahora en África, América, Asia, Europa y Oceanía.

Jerarquización y bienes de prestigio: la importancia del objeto

En diferentes puntos del planeta, en poco tiempo la economía de producción condujo al *Homo sapiens* hacia la sedentarización, y auspició la aparición de grandes cambios tecnológicos y mentales y, sobre todo, el nacimiento de la propiedad privada —que alimentó la jerarquiza-

ción social y, en consecuencia, también surgió la necesidad de hacer visible dicho estatus—. Fue por ello que el intercambio, el comercio y la circulación de bienes de prestigio (generalmente productos escasos, difíciles de conseguir y, en ocasiones, «superfluos») creció en paralelo a la evolución de las sociedades productoras que, poco a poco, iban desarrollando nuevas estructuras y pautas culturales: ejércitos, guerras, invasiones, líderes, reinos, imperios, etc. Estamos ante las puertas de la Historia, o de lo que también se conoce, a pesar del debate que existe sobre este tema, como Protohistoria.

Una de las cosas que más sorprende a los científicos, y no científicos, que tienen la posibilidad de convivir con grupos de cazadores-recolectores actuales, como los hadzabe tanzanos, es la ausencia de estructuras de poder —son sociedades igualitarias, es decir, sin caudillos ni estratificación social—, de propiedad privada (todo es de todos... todo es compartido) y de conflictos: el humano no es guerrero por naturaleza. De forma opuesta, sus vecinos maasai son un pueblo ganadero: tienen jerarquías (existe un jefe de la boma o poblado), propiedad privada —las vacas y cabras de cada hombre— y conflictos: los ilmoran son los soldados maasai desde los 15 hasta los 30 años.

Partiendo de la idea de que, a nuestro parecer, no existen sociedades humanas ni mejores ni peores (todas, incluidas las de la jungla de asfalto, se han ido adaptando a las situaciones cambiantes del medio), sí es cierto que una vez que nos convertimos en productores las cosas cambiaron mucho. De los primeros pueblos neolíticos a las comunidades industriales del presente, numerosos hechos históricos han girado, giran y girarán alrededor de la propiedad privada, la circulación de ciertos productos y los conflictos que de ellos derivan.

La tenencia de bienes de prestigio es una prueba. ¿Y qué son exactamente los bienes de prestigio? Antes, al inicio, hemos dicho: productos escasos, difíciles de conseguir y, en ocasiones, «superfluos». Hagamos una aproximación a la Etología —la ciencia que estudia el comportamiento— para ir a la raíz de por qué los humanos conservamos, o damos importancia, a un objeto.

¿Es cierto —como se ha llegado a afirmar— que la gran diferencia entre la utilización de herramientas por parte de un chimpancé y un humano radica en la conservación del útil? ¿Somos los guardianes del objeto? Cuando un chimpancé fabrica —modificando un tallo o el peciolo de una hoja— una sonda vegetal para conseguir pescar a los inquilinos de un termitero, ciertamente abandona el instrumento tras su utilización. De acuerdo. Pero hablemos ahora de los humanos. Si nos resfriamos, y llevamos un paquete de pañuelos de papel encima, lo habitual es que, tras cada uso, arrojemos el pañuelo sucio a la papelera. Curioso, los *Homo sapiens* también abandonamos herramientas u objetos. ¿Por qué? Porque las hojas —en el cosmos del chimpancé— y los pañuelos de papel —en el cosmos de los humanos de la sociedad de consumo— son abundantes y fáciles de conseguir (poco costosos). El pañuelo de tela con nuestras iniciales bordadas a mano, en cambio, una vez usado no irá directo a la basura, sino a la lavadora; incluso, si es con filigranas de ganchillo, ya no saldrá de casa ni será usado jamás. El hecho de conservar o abandonar una herramienta radica en la abundancia de la materia prima y en la inversión de tiempo en su fabricación (además de aspectos que puedan ser sentimentales, y de coste monetario). Así, por ejemplo, nuestros ancestros tallaban cuchillos de piedra a partir de materias primas que eran muy abundantes —como

es el caso del basalto y el sílex—, y después de emplearlos para descuartizar una presa animal los abandonaban en grandes cantidades. Por lo tanto, no podemos decir que la conservación o abandono del útil sea un punto de separación o diferenciación entre chimpancés y humanos. Ahora bien, la cosa cambia cuando se habla de materiales que son escasos... raros.

En su obra *El origen del ser humano*, Charles R. Darwin ya dejó constancia de cómo un mono del zoo de Londres escondía —como quien deposita las joyas en la caja fuerte— un trozo de piedra que había conseguido debido al deterioro del pavimento de su jaula. El primate era un ejemplar muy viejo y su dentadura estaba dañada y desgastada; necesitaba esta piedra, que usaba a modo de martillo, para romper la cáscara de las nueces que le suministraban. Dado que el cuidador limpiaba cada día la instalación, el mono buscaba un escondite para camuflar el objeto y evitar, así, su pérdida. Una simple piedra que, en el contexto del lecho de un río repleto de guijarros, o en una cantera, no hubiera tenido ningún valor, dentro de una jaula se convertía en un objeto escaso y valioso. Un objeto digno de ser conservado a pesar de no haber sido, ni tan siquiera, modificado ni fabricado. Entonces, visto que tanto el *Homo sapiens* como otros primates abandonan o conservan objetos en función, sobre todo, de su escasez, coste y funcionalidad, ¿existe alguna otra peculiaridad que haga diferente la consideración del objeto entre humanos y animales? Sí. El bien de prestigio.

Imaginemos que nuestro viaje por el tiempo nos lleva hasta el seno de unos humanos prehistóricos que empezaban a producir excedentes agrícolas y ganaderos. Estos excedentes, en función de tenerlos en mayor o menor cantidad —o no tenerlos—, fueron acentuando la

estratificación social y la aparición de dirigentes y sirvientes. Pero estos excedentes no solo sirvieron para jerarquizar a nivel interno de la comunidad, sino también para destacar a unas poblaciones por encima de otras vecinas, o lejanas. Y es que fue en ese momento cuando estar en posesión de materiales escasos adquirió una dimensión que fue mucho más allá de la supervivencia —la piedra del mono en el zoo de Londres— para pasar a ser un indicador de poder, posición social o superioridad tribal: hablamos de la posesión y circulación de bienes de prestigio, productos que, por su rareza y por su difícil adquisición, tienen gran valor. Por ejemplo, ¿quién no se ha preguntado alguna vez qué pasaría si los diamantes fueran tan abundantes como los cristales de cuarzo? Desde un punto de vista estético, una buena punta de cuarzo puede ser tan o más bella y espectacular que un diamante. La diferencia es que la punta de cuarzo la podemos comprar a un precio asequible en cualquier tienda de minerales, o hallarla en el campo sin entrar en una mina rodeada de guardas de seguridad armados; en cambio, adquirir un diamante supone una importante inversión económica debido a su escasez. En caso contrario, si los diamantes fueran abundantes en la naturaleza y el cuarzo fuese raro, el tráfico internacional, las grandes transacciones económicas y las joyas más famosas y prestigiosas quizás tendrían el cuarzo como protagonista y no el diamante.

En pocas palabras, quien posee un cierto número de diamantes, y los luce o hace ostentación de forma pública —desde la carcasa de un móvil a un zapato recubierto de ellos—, muestra un bien de prestigio; un indicador, para el resto de la población, del poder económico de ese individuo en el seno del grupo.

Crecimiento, invasiones y guerras

Con la consolidación del Neolítico, las sociedades productoras empezaron a crecer. Algunos núcleos de neolitización quizás no acabaron de cuajar jamás y fueron diluyéndose, pero aquellos lugares del mundo en los que se daban las circunstancias geográficas más idóneas para la agricultura y la ganadería (presencia de ríos con crecidas periódicas, vientos húmedos, pastos fértiles, etc.) fueron el crisol de sociedades que jamás volverían a ser aquellas pequeñas tribus de predadores que, una vez, se movieron libres por el territorio. Al principio establecieron aldeas sedentarias no demasiado grandes, pero rápidamente incrementaron su superficie habitable de forma espectacular. Y es que asegurar el alimento —siempre que una catástrofe no acabara con la cosecha o los rebaños—, junto a la necesidad que se tuvo de mano de obra para cuidar los campos y el ganado, estimuló el crecimiento demográfico. En paralelo, al crecer la población, la figura del líder o rey —que no era necesaria entre los predadores— se convirtió en esencial para el funcionamiento de la sociedad productora. Quizás no se hizo con la jefatura el más fuerte, sino el que tenía mejores actitudes de liderazgo: el que escogía los momentos idóneos para la siembra y la cosecha, diseñaba el movimiento de los rebaños, la organización y distribución del asentamiento, etc. Aunque el que llega al poder no siempre tiene por qué ser el mejor preparado, pueden existir individuos que establezcan alianzas para colocar a un personaje «marioneta» en lo más alto y así salir favorecidos. ¿Política? Sí, la política incluso ya existe entre los chimpancés. Y estos núcleos de productores derivaron hacia sociedades cada vez más complejas y cercanas a lo que después serían los primeros estados o grandes civilizaciones.

Ahora bien, el líder, rey o caudillo, ya fuera un sujeto espabilado o una simple marioneta, lo cierto es que entre las decisiones que hubo de tomar o consensuar estuvo la de ir en busca de nuevos territorios. Tal como señaló el economista inglés Thomas Robert Malthus, en su *Ensayo sobre el principio de la población* —publicado en el año 1798—, el ritmo de crecimiento de la población humana (por supuesto se refería a las poblaciones de la Europa de su tiempo) sigue una progresión geométrica, mientras que el ritmo de producción de alimentos sigue una progresión aritmética. Dicho de otra manera, Malthus afirmaba que una población humana, en poco tiempo, crecerá muy por encima de los recursos alimentarios que es capaz de producir. De ahí que, ya desde los primeros momentos de su existencia, las sociedades productoras prehistóricas que vieron como aumentaba su demografía, y ante la falta de recursos alimentarios, fueron en busca de nuevos territorios.

Colonizar otras regiones no tiene por qué conllevar siempre el conflicto directo ni las tensiones con otras poblaciones. Las comunidades productoras prehistóricas, en su proceso de difusión, pudieron llegar a una región y convivir con grupos de predadores que, seguramente, no los vieron como intrusos. Ahora bien, dicho contacto acabó siendo el fin de las formas de vida precedentes. El ejemplo, una vez más, lo tenemos hoy con los cazadores-recolectores hadzabe. Al no considerar suyo el territorio donde viven, jamás han impedido que primero se implantasen los ganaderos maasai y datoga, y después las poblaciones de agricultores. Esto ha acabado derivando hacia la destrucción del hábitat natural de los hadzabe debido a la deforestación para conseguir campos de cultivo, levantar casas de madera o producir carbón vegetal; a la vez que los grandes rebaños de vacas y cabras acaban con

los pastos de los animales salvajes, los cuales huyen de la zona del lago Eyasi para buscar espacios con mayor abundancia de alimento. En definitiva, la llegada de los grupos productores, a pesar de que no fuera de una manera agresiva, seguramente supuso el final de muchos pueblos predadores que, en ciertos casos, acabaron «aculturándose» para reconvertirse en ganaderos y agricultores.

Ahora bien, qué ocurrió cuando los pueblos productores, en busca de nuevas tierras, se quisieron apropiar de los recursos que estaban en posesión de otras sociedades. Pues que aparecieron las invasiones y los conflictos bélicos. Así, es muy significativo que, con el hallazgo de los primeros grandes asentamientos sedentarios del Neolítico, empecemos a detectar —por primera vez en el registro arqueológico— la presencia de sistemas defensivos como empalizadas y murallas. Sin ir más lejos, en los niveles neolíticos del yacimiento palestino de Jericó —hace 10 000 años— fueron excavados unos sólidos muros de defensa que rodeaban todo el poblado. Esto quiere decir que existió una actitud preventiva ante el miedo de ser saqueados o conquistados. Definitivamente, todo se estaba volviendo mucho más complejo. Las transformaciones que estaban padeciendo las sociedades humanas cada vez eran más rápidas y rompedoras respecto a tiempos precedentes.

La Edad de los Metales

El arte de la guerra, el trabajo intensivo en el campo, la aparición de artesanos especializados y la búsqueda constante de bienes de prestigio —entre muchos otros factores— hará que los prehistoriadores, en algunos puntos del planeta, empiecen a hablar de otra periodización que

también nos avanzaron los primeros arqueólogos del siglo XIX: la Edad de los Metales. Esta etapa no comporta un cambio económico —es la continuidad del sistema de producción que se ha extendido hasta el presente—, pero junto con la pervivencia todavía de las herramientas de piedra, hueso, madera o piel, los *Homo sapiens* incorporaron otras materias primas que fueron más aptas para el nuevo estilo y ritmo de vida. Y es que mientras en las sociedades predadoras no existen oficios —el mismo individuo que talla la piedra sabe hacer un arpón de hueso, curtir una piel o fabricar una lanza—, en las sociedades productoras empezaremos a encontrar talleres de alfareros, tejedores, joyeros, etc.

Unos artesanos que, como los alquimistas en busca de la legendaria piedra filosofal, siguieron experimentando para perfeccionar esas manufacturas que, con rapidez, debían adaptarse al cambio constante. Por ejemplo, el agricultor necesitará de instrumentos cada vez más ligeros y eficientes que las hachas y azadas de piedra. Las jornadas del productor, en contraste a las del predador, son cada vez más largas; de sol a sol. Por lo tanto, los aperos han de tener una vida mucho más longeva. Y lo mismo ocurre con las armas de guerra. Si los conflictos bélicos nacieron con el Neolítico, a medida que avanzaba el tiempo hicieron falta armas con mayor capacidad defensiva y ofensiva. Y la solución, tanto para los trabajos en el campo agrícola como en el campo de batalla, estaba en los metales. Ahora bien, hasta que no se llegó a la consecución del hierro, se produjo una apasionante evolución tecnológica en el seno de la Prehistoria. Empezamos por el principio de la metalurgia prehistórica.

El descubrimiento del uso de los metales es muy probable que, en sus inicios, fuera algo aparentemente poco práctico pero de gran im-

portancia para la reivindicación de las jerarquías y el desarrollo de las rutas comerciales que enriquecieron a ciertas poblaciones; otra vez, los bienes de prestigio. Exacto, en los albores de las sociedades productoras, los humanos se fijaron en unos minerales que sus predecesores —los predadores— habían obviado por su, hasta entonces, inutilidad: nos referimos al oro, la plata o el cobre. Estos minerales pueden hallarse en filones, es decir, *in situ*, pero todavía son mucho más evidentes cuando se topa con ellos en los ríos. Allí están en estado puro, como producto del rodamiento que hace que desaparezcan las impurezas y solo quede el mineral: hablamos de las pepitas de oro, plata y cobre. Con ellas, los primeros orfebres se limitaron a martillar el material con el objeto de imprimirle la forma deseada. Y esto fue posible porque se trata de metales maleables. Entonces, como consecuencia de la baja dureza y extrema ductilidad, pero sobre todo rareza, lejos de servir para la fabricación de objetos de uso cotidiano, estos metales adquirieron un gran valor económico. Una vez transformados en joyas y objetos ornamentales se convirtieron en preciados bienes de prestigio. Si a esto le añadimos que eran materias primas que no estaban presentes en todas las regiones, es evidente que estimularon las rutas de intercambio.

La primera etapa de la Edad de los Metales ha recibido el nombre de Calcolítico o Eneolítico (sinónimos de la Edad del Cobre), y sabemos que entre los metales nativos que recolectaron los *sapiens* también estaba el estaño. Lo que acabó siendo clave para desarrollar un metal que empezó a revolucionar el campo de la manufactura, ya no solo de bienes de prestigio sino también del equipamiento de guerra: hablamos del bronce, la Edad del Bronce. En efecto, es muy probable que durante

los intentos de fundir metales nobles se produjese un accidente. Es decir, mientras se estaba fundiendo cobre podría haber caído un fragmento de estaño (o viceversa) y los artesanos se dieron cuenta de que el resultado de la aleación, de los dos metales, se tradujo en un material mucho más resistente: el bronce. O quizás no fue un accidente sino algo intencional. Sea como fuera, siguieron realizando pruebas metalúrgicas y mejoraron sus hornos, crisoles, fuelles, etc. hasta que, como última etapa de la Edad de los Metales (en Prehistoria), documentamos el dominio del hierro. Y aquí sí que se dio un paso de gigante hacia la aparición de las primeras sociedades que desembocaron en grandes civilizaciones. Mejor dicho, otras civilizaciones, ya que si la metalurgia del hierro en Europa se documenta hace unos 2800 años —todavía dentro de la Prehistoria—, en lugares como Asia y África, como es el caso de Mesopotamia y Egipto, hacía mucho tiempo que habían aparecido los grandes reinos e imperios. Unas sociedades que situamos dentro de la Historia, pues ya conocían la escritura.

Y es que cuando hablábamos, en capítulos anteriores, de Evolución Humana, ya hemos dicho que en un mismo momento convivieron diferentes especies de homínidos. En lo que atañe a la Evolución Cultural (esto incluye la Tecnología) sucede algo muy parecido. Han coexistido, en paralelo, diferentes pueblos que en algunos casos tuvieron contactos enriquecedores, mientras que otras veces chocaron de forma violenta hasta su extinción. Todo forma parte del conjunto de las historias de la Historia; una Historia que siguió su camino hasta alcanzar las siguientes etapas cronológicas y culturales que siguen siendo motivo de estudio por parte de los detectives del pasado.